

1810

Crisis, revolución y guerra

FABIO WASSERMAN

1810
Crisis, revolución y guerra

EDICIONES UNGS



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Wasserman, Fabio

1810 : crisis, revolución y guerra / Fabio Wasserman. - 1a ed - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024.

176 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades / Años cruciales ; 3)

ISBN 978-987-630-752-9

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Revolución de Mayo. I. Título.

CDD 982.03

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.unsgs.edu.ar/ediciones

Serie Años Cruciales

Director: Ernesto Bohoslavsky (IDH-UNGS)

Comité Editorial:

Susana Bandieri (UNCO, CONICET)

Alejandro Cattaruzza (UBA, UNR, CONICET)

Gabriel Di Meglio (UBA, CONICET)

Alejandra Fernández (ICI-UNGS)

Daniel Lvovich (IDH-UNGS, CONICET)

Valeria Manzano (UNSAM, CONICET)

Diseño gráfico de la serie: Daniel Vidable

Diseño de tapa y diagramación: Daniel Vidable

Corrección: María Inés Castaño

Tipografías:

Unna | Jorge De Buen & Omnibus-Type Team

Saira | Gatti & Omnibus-Type Team

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en Ediciones América

Abraham J. Luppi 1451, CABA, Argentina,
en el mes de mayo de 2024.

Tirada: 100 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación de la serie	9
Agradecimientos	11
Introducción	
Revolución y nación en la historia argentina ...	15
Capítulo 1	
Crisis.....	25
Capítulo 2	
Revolución.....	69
Capítulo 3	
Guerra.....	111
Consideraciones finales	
La década revolucionaria	157
Bibliografía y documentos históricos.....	169
Cronología para entender 1810	173
Filmografía	175
Biografía del autor.....	177

Presentación de la serie

*La gente cree que la historia es algo que sucede a la larga,
pero la verdad es que se trata de algo muy repentino.*

Philip Roth, *Pastoral americana*, 2000

Esta serie está compuesta por libros que se centran en un año decisivo de la historia del actual territorio argentino entre 1776 y 2001. Ofrecen una reconstrucción de lo ocurrido en cada año, pero también de cómo fue recordado por las generaciones posteriores y representado en las películas, los manuales escolares y las canciones. Algunos años son más famosos e inevitables que otros (como 1810, 1930 o 1976), y otros son mucho más una apuesta por convencer a los lectores de que algo importante había ocurrido entonces y no lo habíamos tomado suficientemente en consideración.

¿Por qué la historia de un año? El año es una unidad natural del tiempo, es la vuelta de la Tierra alrededor del Sol. Pero también es una medida muy usada en nuestra cultura: organiza la memoria (“nací en el sesenta y tres / con Kennedy a la cabeza” o el más tanguero “yo soy del treinta / cuando a Yrigoyen lo empaludaron”) y los relatos que solemos desplegar. Y si bien hay muy buenos libros de historia argentina basados en años como *El 45: crónica de un año decisivo*, de Félix Luna (1969), o *En Buenos Aires 1928*, de Francis Korn y Martín Oliver (2017), en general los historiadores nos sentimos más cómodos con otras unidades temporales que permiten comprender mejor los procesos sociales y económicos, las repeticiones y continuidades, como por ejemplo: “los gobiernos radicales (1916-1930)”, “el ciclo de inestabilidad política (1955-1983)”, la “década infame (1930-1943)”, entre otras fórmulas utilizadas.

No es esta una historia exhaustiva del país como la que ofrecen otras series consagradas, sino de sus años más importantes, aquellos en los cuales se produjeron cambios relevantes y muchas veces irreversibles para la fisonomía política y económica de la vida en esta parte del planeta. Para esta tarea fue convocada una decena y media de notables investigadoras e investigadores de la historia

de nuestro país. Además de ser especialistas en los períodos que interesan en cada tomo, se trata de autoras y autores que trabajan en distintos puntos de la Argentina: confiamos en que esa diversidad geográfica estimulará lecturas más sensibles sobre las diferencias entre los pasados de las regiones y las provincias, y nos dará un retrato más completo, más federal, del pasado argentino.

A grandes trazos, los autores y las autoras de esta serie examinaron cada año bajo dos coordenadas: ya sea como objeto de análisis en sí o como muestra de fenómenos más amplios que se articularon en una coyuntura. Quienes tomaron la primera de las opciones se interrogaron acerca de cuándo y por qué se considera que empezó y terminó un cierto año, y qué es lo que hace que ese sea un año crucial en la historia nacional: ¿cuándo acabó 1983, por ejemplo?, ¿con el juicio a las tres juntas militares en 1985?; ¿cuándo comenzó 1880?, ¿fue acaso con la campaña militar del general Roca el año anterior? Es una especie de historia total e intensa de un tiempo corto. En cambio, el segundo camino analítico señala cómo fue que tendencias de distinta profundidad, naturaleza y ritmo (la economía, la cultura, la demografía, etc.) quedaron anudadas bajo el tiempo corto y nervioso de doce meses de la política. Esta es un tipo de historia corta de procesos largos.

Podría plantearse que la historia de un año conspira contra la percepción ajustada de procesos no regulados por el tiempo burocrático del calendario. No creemos que sea así: esta serie parte de la idea de que esa dicotomía puede ser salvada o esquivada a través de textos que expliquen por qué se seleccionaron algunos años, cuál fue su relevancia y cómo ellos dejan ver procesos de fondo más lentos o más silenciosos. Quienes lean estos libros tendrán, como siempre, la respuesta acerca de si esta apuesta, finalmente, satisfizo sus inquietudes.

Esta serie fue inicialmente diseñada a fines de 2019, en buena medida inspirada en la colección “Años que cambiaron la historia del Paraguay” que publicó el diario *ABC Color* en Asunción. Sin embargo, los efectos de la pandemia retrasaron las tareas de investigación, escritura y trabajo editorial que se habían imaginado. En definitiva, la serie chocó de frente con un año crucial, el 2020, que vino a recordarnos a los humanos no solo la existencia sino la relevancia, a veces agazapada y “algo repentina”, del cambio, o sea, de la historia.

Ernesto Bohoslavsky
Director de la serie “Años Cruciales”

Agradecimientos

Le quiero agradecer a Ernesto Bohoslavsky, y a través de él a la editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), por haberme invitado a publicar este libro cuya escritura fue mucho más trabajosa pero también mucho más placentera de lo que había imaginado cuando acepté la propuesta. Para elaborarlo me valí de los aportes realizados en los últimos años por numerosos colegas que desde muy diversas perspectivas contribuyeron a ampliar y renovar nuestro conocimiento del proceso revolucionario y de la historia rioplatense y americana de los siglos XVIII y XIX. Lamentablemente no los puedo mencionar a todos, ni siquiera en las referencias bibliográficas, pero no quiero omitir mi agradecimiento a Daniel Santilli, Magdalena Candioti, Sergio Serulnikov, Marcelo Garabedian, Julio Vezub e Ignacio Telesca por la información que me facilitaron en forma personal. Hace tres décadas que investigo y doy clases sobre el período revolucionario y sobre temáticas vinculadas a él. Sin esta labor, no habría podido escribir este libro. O quizás sí, pero el resultado habría sido distinto. En ese sentido, les quiero agradecer a mis alumnos y a mis antiguos y actuales compañeros de la materia Historia Argentina I “A” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA: Noemí Goldman, Julio Djenderedjian, Nora Souto, Gabriel di Meglio, Carlos Cansanello, Gabriela Martínez Dougnac, Mariano Aramburo, Virginia Macchi y Agustín Galimberti. A Nora le estoy particularmente agradecido por la atenta lectura que hizo de un borrador del libro.

Al escribir estas líneas fue inevitable que mirara hacia atrás y recordara mis inicios como docente e investigador. Es por eso que el libro se lo quiero dedicar a Noemí Goldman y a la memoria de José Carlos Chiaramonte, ya que ambos guiaron mis primeros pasos como historiador y, en más de un sentido, aún lo siguen haciendo.

*Mitre explica toda la Revolución argentina
por los hombres de Buenos Aires y sus ideas,
y no ve la acción general de las cosas
que gobiernan a esos mismos hombres
que, pareciendo gobernar, obedecen y siguen.
Lejos de ser los autores de la revolución,
es esta la autora de ellos.*

Juan B. Alberdi, *Belgrano y sus historiadores*

*Aun así, elijamos las palabras que el desierto recibirá:
no hay revolución sin revolucionarios.*

Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*

Introducción

Revolución y nación en la historia argentina

*... a los que con tanta audacia, a veces con tanta sutileza,
a veces con tanta malicia (y aun malignidad)
intentan renovar la imagen de nuestro surgimiento como nación
solo sería acaso oportuno recordarles un hecho demasiado evidente
para que parezca necesario mencionarlo,
un hecho que, por ocupar el primer plano del panorama,
es sin embargo fácil dejar de lado:
que lo que están estudiando es, en efecto, una revolución.*

Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española
e ideología revolucionaria de Mayo*

El propósito de este libro es presentar una narración y una explicación de los principales acontecimientos ocurridos en 1810 en el territorio rioplatense. Y, qué duda cabe, lo más importante que sucedió ese año en ese territorio fue la Revolución de Mayo. Es por eso que la narración va a girar en torno a esa revolución que se inició cuando la Argentina aún no existía, pero sin la cual sería imposible entender su historia. En efecto, y aunque pueda parecer paradójico, la Revolución de Mayo no solo es el acontecimiento más destacado de ese año, sino también el más importante de la historia nacional argentina. O al menos así lo cree buena parte de la sociedad argentina que considera el 25 de mayo como la fecha de nacimiento de

la nación, y el proceso revolucionario e independentista como una suerte de aleph que condensa el sentido de la historia nacional. De ahí que, además de ser el fenómeno más estudiado por las distintas corrientes historiográficas, también sea uno de los pocos, quizás el único, que fue y sigue siendo reivindicado por todas las tradiciones políticas e ideológicas que tuvieron o tienen peso en la vida pública nacional. No es de extrañar entonces que muchos argentinos no solo conozcan los sucesos revolucionarios y sus principales protagonistas, sino que también tengan juicios de valor sobre los mismos.

¿Qué sentido tiene entonces publicar otro trabajo sobre la Revolución de Mayo? ¿Acaso hay algo novedoso que se pueda agregar a todo lo que ya ha sido escrito sobre este tema? La cantidad de publicaciones recientes pareciera indicar que aún sigue teniendo sentido hacerlo, al menos en términos de mercado editorial, sobre todo si nos atenemos a los libros que desde el título prometen revelar la trama secreta de la revolución o contar la historia oculta de alguno de sus protagonistas. Sin embargo, y esto es necesario decirlo con total claridad, nadie urdió un complot para escamotear o tergiversar nuestro conocimiento sobre la revolución. De ahí que esas promesas difícilmente puedan ser satisfechas: en el mejor de los casos se remozan textos y documentos desconocidos por el público no especializado, y en el peor se trata de especulaciones sin ningún sustento.

Ahora bien, esto no implica que hoy en día no siga siendo válido publicar nuevos trabajos sobre el año 1810 y, por lo tanto, sobre la Revolución de Mayo. Pero las razones son otras, ya que obedecen a la propia naturaleza del conocimiento histórico más que a una estrategia de mercado o a la supuesta revelación de hechos que nos fueron ocultados. La relación con el pasado no es algo fijo o estático, por lo que su conocimiento también se puede ir modificando con el paso del tiempo. Cada presente, cada momento histórico, está atravesado por intereses, preocupaciones y valoraciones propias a partir de las cuales se formulan nuevos interrogantes sobre el pasado. Esto permite mirar los sucesos, fenómenos y procesos históricos bajo una nueva luz y, así, considerar algunas cuestiones a las que en otras coyunturas no se les prestaba atención o eran impensables. E, incluso, y este es nuestro caso, criticar las interpretaciones consagradas y proponer otras novedosas.¹

¹ Por razones de claridad expositiva, las referencias de la bibliografía utilizada y de las fuentes citadas no se mencionan en el texto, sino en un apartado al final del libro en el que también se incluyen unos breves comentarios sobre sus características y aportes.

En efecto, desde hace varias décadas se vienen desarrollando investigaciones que ampliaron el conocimiento sobre distintos aspectos del proceso revolucionario y, mucho más importante aún, modificaron nuestra comprensión e interpretación de este. Las innovaciones en ese sentido son numerosas e imposibles de sintetizar en unas pocas líneas. Para dar una idea de su diversidad basta señalar algunos temas y problemas como la forma de considerar la influencia que pudieron haber tenido las ideas ilustradas, el papel atribuido a los intereses económicos de las élites criollas, la naturaleza del vínculo con la metrópoli o la participación política de las clases subalternas. Pero hay una innovación que sin duda es la más decisiva, pues afectó el núcleo de las narrativas e interpretaciones tradicionales que habían consagrado la Revolución de Mayo como un *mito de orígenes* de la nación argentina. Como habrán podido advertir quienes leyeron el tomo de esta serie dedicado al año 1776 y, por lo tanto, a la creación del Virreinato del Río de la Plata, los estudios recientes sostienen que en ese período no existían esa nación ni esa nacionalidad. Pero no solo porque su territorio y su denominación no se correspondían con los actuales, sino más bien porque eran otras las identidades colectivas y las formas de concebir las comunidades políticas y sus fundamentos. Por ese motivo, carece de sentido sostener que la revolución hubiera sido protagonizada por la nación o por la nacionalidad argentina, o que haya sido el proceso durante el cual se produjo su alumbramiento. Y, sin embargo, esta es a grandes rasgos la forma en la que una parte importante de la sociedad sigue concibiendo la Revolución de Mayo. Es por eso que antes de iniciar el recorrido por los sucesos de 1810, y a fin de poder entender cómo se construyó el *mito de orígenes*, resulta necesario realizar algunas breves precisiones sobre esa otra historia que es la de las interpretaciones y representaciones de la revolución realizadas en los siglos XIX y XX.

La comprensión y la valoración de la Revolución de Mayo como el acontecimiento fundacional de la nación es el resultado de una historia dentro de la cual se pueden identificar en forma esquemática dos movimientos decisivos. Mientras que la instauración de la Junta el 25 de mayo de 1810 se convirtió de inmediato en la fecha emblemática del proceso revolucionario entendido como la ruptura con el pasado y el inicio de una nueva etapa, la

consideración de la nacionalidad o de la nación argentina como el sujeto que la protagonizó tardaría mucho más tiempo en cobrar forma, y recién se impondría entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Para calibrar el impacto y el sentido que tuvo el primer movimiento –considerar la revolución como la ruptura y el inicio de una nueva era–, resulta necesario tener presente la situación previa. Y, en particular, las dificultades que atravesaba la monarquía española y la profunda incertidumbre que embargaba a sus súbditos tanto en España como en América. Esta cuestión será tratada con mayor detalle en el primer capítulo, por lo que aquí solo necesitamos saber que desde comienzos del siglo XIX se venían produciendo hechos dramáticos y difíciles de procesar, pero que evidenciaban una creciente pérdida de poder por parte de la Corona. Este estado de cosas devino en una profunda crisis a partir de mayo de 1808 cuando se produjeron las abdicaciones de Bayona, tras las cuales se coronó como monarca a José I, el hermano de Napoleón Bonaparte. Si bien el futuro era incierto, parecía claro que la monarquía no subsistiría o, al menos, que ya no lo haría en los mismos términos. De ahí que comenzaran a barajarse distintos proyectos de organización política e institucional a uno y otro lado del Atlántico. Tras la creación de la Junta en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810, la revolución se presentó como una salida novedosa que, al promover un corte abrupto con el pasado colonial, también permitió reinterpretar y dotar de sentido a los sucesos en curso como parte de un proceso de cambio destinado a construir un nuevo orden sociopolítico signado por la libertad. De ese modo, y además de constituirse en un mojón que indicaba el nacimiento de una nueva era, la revolución ofició como una poderosa creencia colectiva que permitía orientar a los actores sociales y políticos. Y, tanto o más importante aún, como una fuente de legitimidad irrecusables cuya fuerza se puede percibir en su invocación por los diversos sectores políticos, ideológicos y regionales que se enfrentaron durante décadas en lo que solemos denominar como “guerras civiles”.

El segundo movimiento se produjo durante el último tramo del siglo XIX, cuando esos conflictos encontraron un nuevo cauce en el proceso de consolidación del Estado nacional argentino que puso fin a una etapa en la que los pueblos se habían organizado como Estados provinciales soberanos. El Estado nacional era una entidad política novedosa que, a fin de legitimarse, se presentaba como la expresión política y la organización jurídica e institucional de una nacionalidad preexistente, vale decir, de una

comunidad poseedora de rasgos idiosincrásicos que se habrían ido constituyendo a lo largo de la historia. Fue entonces cuando terminó de cobrar forma la consideración de la Revolución de Mayo como el acontecimiento central de la historia nacional argentina, y el 25 de mayo como su fecha emblemática junto con el 9 de julio, por la Declaración de Independencia realizada en 1816.

El carácter simbólico que adquirieron ambas fechas se puede apreciar, por ejemplo, en su elección para dar nombre a calles, ciudades, instituciones y espacios públicos en todo el país. Pero los símbolos solo pueden funcionar si se integran en un discurso capaz de sustentarlo y dotarlos de sentido. Y, desde luego, si este discurso, ya sea histórico, literario, religioso, científico o mítico, es hecho suyo por la sociedad o por algún grupo social significativo. En ese sentido resultó decisiva la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* que Bartolomé Mitre comenzó a escribir en 1857 y cuya versión definitiva publicó en 1887. En esta obra, Mitre logró articular por primera vez una narración y una explicación de largo aliento de la historia nacional argentina en la que el proceso revolucionario aparece como el momento de emergencia o de toma de conciencia de esa nacionalidad por parte de los criollos. Una nacionalidad que, además, y al igual que su territorio y su destino de grandeza como nación democrática, republicana y liberal, habrían comenzado a delinearse durante el período colonial. Esta interpretación, sin embargo, no se impuso de inmediato, y recién terminaría de consagrarse a comienzos del siglo XX en el marco de los balances, las reflexiones y discusiones sobre la nación y la identidad nacional que se suscitaron durante los festejos por el centenario de la revolución, y que en buena medida respondieron al impacto provocado por la inmigración europea que había transformado a la sociedad criolla.

Durante las siguientes décadas se produjeron numerosos estudios sobre los más diversos aspectos del proceso revolucionario, pero sin que se pusiera en cuestión su consideración como expresión de la nacionalidad argentina o como el momento fundacional de la nación. Por el contrario, esta interpretación no hizo más que consolidarse, ya que las distintas posiciones historiográficas e ideológicas obedecían en buena medida a las características que cada corriente o autor le atribuía a la nación argentina. De ahí que las disputas sobre su interpretación y valoración tendieran a organizarse en torno a polos antagónicos que invitan a tomar partido por uno u otro para decidir cuál es el que mejor representa el proceso revolucionario y, por lo

tanto, a la nación: Cornelio Saavedra o Mariano Moreno; Buenos Aires o el Interior; 25 de mayo o 9 de julio; movimiento popular o elitista; origen civil o militar; influencia de las ideas ilustradas francesas o de la tradición neoescolástica española.

En ciertas coyunturas la sociedad muestra un mayor interés por la revolución y su vínculo con el presente y el futuro. Esto puede obedecer a la conmemoración de su aniversario que invita a revisar los sucesos de 1810 y a trazar balances de la historia nacional, tal como sucedió en su centenario (1910), sesquicentenario (1960) y bicentenario (2010). Pero también puede ser consecuencia de crisis, como la ocurrida a comienzos del siglo XXI. O de una intensificación de las disputas políticas e ideológicas en las que se recurre a ese momento fundacional en procura de claves interpretativas de la historia nacional. Ahora bien, la perduración de la Revolución de Mayo como *mito de orígenes* no se debe tanto a esos momentos singulares de intensidad política e ideológica o a las grandes conmemoraciones que incitan a plantear balances y proyecciones, sino más bien a lo que acontece en otros ámbitos menos visibles, pero en los que se desarrollan prácticas cuya regularidad y capacidad para involucrar intelectual y emocionalmente a todos los sectores sociales les otorga una mayor eficacia. En ese sentido, se destaca el sistema educativo que desde comienzos del siglo XX se fijó como uno de sus propósitos homogeneizar la población transmitiendo valores y conocimientos que reforzaran la identidad nacional. Pero su influjo no se restringe a los años de escolarización. Como adultos, también volvemos a la escuela para asistir a esos rituales que son los actos patrios en los que año a año reúnen a las comunidades educativas de todas las escuelas del país para festejar y conmemorar el aniversario del nacimiento de la patria, de la declaración de su independencia y de la actuación de sus máximos próceres.

En los últimos años se produjeron cambios significativos en los diseños curriculares, en la formación de los docentes, en los manuales y también, aunque en menor medida, en los actos escolares. Esto se debe, entre otras razones, a la creciente difusión por fuera del estrecho círculo académico de las críticas a las interpretaciones tradicionales que asocian la Revolución de Mayo con la nación argentina. En ese sentido, se sostiene que ni la nación ni la nacionalidad argentina existían en 1810, así como tampoco estaban

predestinadas a constituirse, ni había actores que las encarnaran o las representaran. Por el contrario, buena parte de la historiografía argentina e hispanoamericana reciente tiende a explicar los sucesos revolucionarios poniendo el foco en la crisis de la monarquía española que provocó reacciones similares en distintas partes de América. Y este es también el punto de partida del presente libro.

Ahora bien, así como la crisis permite explicar en qué condiciones se inició la revolución, por sí sola resulta insuficiente para entender el proceso revolucionario. Por un lado, porque para sus propios protagonistas se trataba de un acontecimiento que había venido a poner fin a la crisis al inaugurar una nueva etapa histórica regida por valores y principios no menos novedosos. Por otro lado, porque si entendemos la revolución como un proceso, resulta evidente que no puede ser reducida a la creación de un nuevo gobierno en mayo de 1810, y ni siquiera a lo acontecido entre 1808 y 1810. Una revolución es, en efecto, un momento específico e incluso un acontecimiento en el que muchas veces queda simbolizada, como sucedió con la creación de la Junta el 25 de mayo de 1810. Pero ante todo es un proceso histórico o, para ser más precisos, la intersección de varios procesos que trascienden ese acontecimiento. Es por eso que, si bien el foco del libro está puesto en lo acontecido en 1810 en el Río de la Plata, y particularmente en los sucesos políticos, su comprensión requiere tener en cuenta un marco espacial, temporal e interpretativo más amplio.

Esto planteó un dilema a la hora de encarar la escritura del libro que, en verdad, es un problema que de un modo u otro atraviesa todos los textos de historia: la relación entre los hechos, su narración y su interpretación. Una interpretación general de la revolución podría atentar contra su propósito principal que es reconstruir, narrar y explicar los sucesos de 1810. Estos podrían quedar desdibujados como meras expresiones de procesos más amplios como las crisis de las monarquías imperiales y el ciclo revolucionario euroatlántico, o ser considerados en forma anacrónica a la luz de fenómenos posteriores como la Declaración de la Independencia en 1816. Pero la sola presentación de los acontecimientos producidos en 1810 tampoco permitiría comprenderlos, ya que los hechos sociales no portan en sí su interpretación, sino que esta es el resultado de una operación intelectual. El libro aspira, por lo tanto, a combinar la narración de los acontecimientos con un marco analítico que permita explicarlos como parte de procesos de mayor amplitud.

Para ello se presenta un relato ordenado en forma cronológica que procura seguir los sucesos lo más de cerca posible, y en el que se presta particular atención a la forma en la que estos eran vividos por los contemporáneos, vale decir, a sus expectativas, frustraciones, temores y anhelos. En ese sentido, se destaca la experiencia de estar viviendo un tiempo nuevo en el que se producían constantes novedades difíciles de procesar y que afectaban tanto la vida social como la privada. La revolución, en efecto, parecía cubrirlo todo. Esto, sin embargo, no significa que todos la vivieran y valoraran del mismo modo. Si bien es imposible realizar una reconstrucción de todas las experiencias particulares, resulta necesario tener presente que, según la posición, los intereses, los valores y las ideas que tuviera cada persona o grupo social, podía primar el rechazo o el entusiasmo, el temor o la esperanza. Y, en más de un caso, el temor y la esperanza a la vez.

Ahora bien, como ya se ha advertido, la mera narración no es capaz por sí sola de explicar lo acontecido, aun cuando en esta también se considere la forma en la que los contemporáneos vivían y entendían la experiencia revolucionaria. Es por eso que los capítulos están organizados a partir de tres ejes analíticos que son los que le dan el título a este volumen y a sus respectivos capítulos: crisis, revolución y guerra. Esta presentación puede dar a entender que fueron fenómenos sucesivos, lo cual no es del todo desacertado, pero se trata más que nada de una distinción analítica que contribuye a explicar la dinámica del proceso revolucionario en general y de lo acontecido en 1810 en particular. En los hechos, como veremos, la crisis, la revolución y la guerra se articularon y superpusieron, por lo que resulta difícil considerarlas por separado.

El primer capítulo presenta una breve reconstrucción de las principales características del orden colonial y su crisis en los años previos a la revolución, para luego examinar los acontecimientos desarrollados entre el 1º de enero y el 25 de mayo de 1810, cuando se creó la Junta Provisoria de Gobierno en Buenos Aires. El segundo capítulo, que se centra en los primeros pasos dados por el nuevo gobierno y en las reacciones que estos suscitaron en todo el territorio virreinal, concluye el 26 de agosto con un acontecimiento que fue un hito en el proceso revolucionario: el fusilamiento del exvirrey Santiago de Liniers. El tercer capítulo continúa con la narración hasta fin de año, cuando se hizo evidente que la revolución se había convertido en una guerra contra quienes se oponían al nuevo gobierno, mientras comenzaban a producirse las primeras divisiones en el seno de

la dirigencia revolucionaria en cuyo marco se produjo la ampliación de la Junta con los diputados de los pueblos y la renuncia de Mariano Moreno a su cargo de secretario.

El cierre puede parecer abrupto, y de hecho lo es, ya que la finalización de un año difícilmente coincide con el cierre de un proceso histórico. En ese sentido, resulta importante señalar que el esquema analítico crisis, revolución y guerra puede ser útil para entender lo acontecido en 1810, pero resulta insuficiente para dar cuenta del proceso revolucionario en su totalidad. Como veremos en las conclusiones, si se extendiera el análisis hacia los años siguientes, la dinámica revolucionaria también tendría que incorporar otros ejes analíticos como independencia y república. Y, desde luego, las disputas facciosas y regionales que les dieron un nuevo sentido a la revolución y a la guerra, y que desembocaron en una nueva crisis que será analizada en el próximo volumen de esta serie dedicado al año 1820. Un año decisivo que, en cierto sentido, puede considerarse como el momento de cierre de la revolución, ya que se produjo la desintegración de las dos estructuras políticas que se habían disputado el poder durante la década revolucionaria: la centralista con capital en Buenos Aires y el artiguismo.

